El viaje del Mayor W. Dalrymple por tierras leonesas: una visión ilustrada del mundo maragato

Roberto Fuertes-Manjón

A consecuencia de su extraordinaria pujanza, poder y creatividad en los siglos XVI y XVII, España ejercerá un profundo poder de fascinación en ciertos escritores viajeros de la Europa del XVIII, si bien difieren las motivaciones de la visita. Su interés se centraría entonces en el conocimiento de un país en declive, privado de la hegemonía internacional e inmerso en un proceso reformador que trata de insertarlo en los caminos de la modernidad. Por otro lado, las Cortes borbónicas se convertirán en centros de atracción de numerosos artistas extranjeros como Boccherini, Scarlatti o Sabatini y a la larga lista de viajeros célebres como Casanova o Alexander y Guillermo de Humboldt , habría que añadir la interminable nómina de embajadores, comerciantes, escritores, militares, sobre todo franceses, italianos e ingleses. Llama la atención el interés que despierta España en el mundo anglosajón en este siglo y que anticiparía la pasión por el mundo ibérico de los románticos ingleses del XIX. A historiadores de la talla de William Coxe, financieros como John Law, o escritores como Henry Evans Lloyd , habría que añadir una amplia representación militar que comienza a visitarnos a comienzos de siglo para participar en la Guerra de Sucesión, como Thomas Hopson o Nicholas Haddock, a los que se les unirán a finales de siglo los generales James Murray, George August Elliot o el Mayor W. Dalrymple (1750-1830)[1] . Precisamente, será Dalrymple el que transmita de España una de las imágenes más equilibradas y sugerentes del siglo XVIII.

Mujer maragata. Grabado del libro de Dalrymple.

Dalrymple escribirá siguiendo fielmente los presupuestos ilustrados, es decir, ignorando todavía esa tendencia neorromántica—ya imperante a finales de siglo—que muestra una España castiza, apasionada, exótica y africanizada que tiene a Andalucía como su centro. Por el contrario, es manifiesto el desdén que siente este autor por el sur español, al considerarlo excesivamente contaminado tanto por la herencia árabe cuanto por el barroquismo del Siglo de Oro. Castilla, y más concretamente, León, serán las que atraigan la atención de este viajero, hasta el extremo de ser la narración de su estancia en la Maragatería la aportación más valiosa por lo variado y colorista. Asimismo, es ahí donde el autor mejor expone sus valores, juicios e intenciones, alcanzando Astorga y los maragatos en su obra una importancia y protagonismo que no se hallan en otro autor extranjero del XVIII.

Sir Hew Whiteford Dalrymple, según García Mercadal, da cuenta de su estancia en la península con una finalidad exclusivamente profesional: informar de los astilleros de Ferrol y la Academia Militar de Ávila, establecida por el general Alejandro O'Reilly. Este definido propósito no le impide también una genuina curiosidad por muchos otros aspectos de la realidad cultural, social e histórica de España. No podemos olvidar que, con excesiva frecuencia, estos viajeros se entregan a la tarea no sólo de visitar y conocer el país, sino también de interpretarlo, siguiendo fielmente los presupuestos del pensamiento ilustrado.

Las experiencias españolas de Dalrymple aparecen expuestas en su libro *Viaje a España y a Portugal*, en el que adopta la forma de diario, integrado por dieciséis cartas que resumen el viaje iniciado en Gibraltar el 20 de junio de 1774 y finalizado de nuevo en Gibraltar cuatro meses después. Es un intenso verano en el que visita, entre otras ciudades, Córdoba, Madrid, Ávila, Salamanca, Astorga, El Ferrol, Santiago, Coimbra, Lisboa, Évora y Sevilla. Este amplio recorrido le da pie para contrastar sus propias vivencias con las percepciones que en el siglo XVIII se tienen de España, forjadas principalmente en el siglo anterior. Muy bien documentado sobre nuestro país antes de iniciar el viaje, cual corresponde a un buen ilustrado, lo inicia llevando en mente la idea de un país desorganizado, sin dirección, en un estado económico lamentable y con unas autoridades e instituciones inoperantes, incluso obscurantistas, reacias a cualquier tipo de progreso o proceso modernizador.

La narración, al principio repetitiva y tediosa, incluso adoleciendo de todos los vicios ilustrados de rigidez ideológica e intencionalidad didáctica, sufre una clara evolución cuando el viajero, abandonando Andalucía—de la que critica su influencia árabe y su pobreza—se adentra en Castilla. La sequedad que ha caracterizado la descripción del viaje comienza a atemperarse al llegar a lugares tan emblemáticos como El Escorial, para cambiar definitivamente de tono al llegar a León. No deja, no obstante, de criticar y utilizar los lugares comunes de la época, entre los cuales la sordidez de las posadas se constituye en algo emblemático. Aquí la obra se transforma en un testimonio original de costumbres, paisajes y gentes y, por primera vez, se hace referencia en la narración a la existencia de un "un pueblo extraordinario, llamado *Mauregatos* (sic, 680 C). Entra en la provincia de León a través de la industrio-

El Ayuntamiento de Astorga en el siglo XIX, según grabado de Parcerisa.

sa ciudad de La Bañeza en donde se oye, en palabras del autor, "un gran ruido de telares y trabajadores; no hay menos de ciento cincuenta telares de tejedores continuamente ocupados en hacer telas de lino" (681). Su camino hacia Astorga transcurrirá a través de un paisaje casi bucólico, atravesando "un llano muy agradable, todo cortado por arroyos, muy bien distribuido por cierto, y plantaciones donde el lino y el trigo, sobre todo, se veían bien cultivados," para llegar a "las ruinas de una vieja fortaleza, muy considerable, llamada Los Palacios de Valduerno" (681). Allí inicia una conversación con un joven que le informa de la existencia de la ermita de Nuestra Señora de Castro, de la que resalta el Mayor la veneración que por ella sienten en la comarca, puntualizando:

> *Esa Virgen reside a unas dos leguas de Astorga, y mi joven me ha hecho saber que en las ocasiones interesantes, como para obtener la lluvia, etc., suben en procesión a solicitar esa protección, y era raro que se fuese en vano. Le habían contado—añadió—que cuando quería otorgar lo que le pedían cambiaba de color; pero como él no lo había visto no lo creía; porque decía, creía a sus ojos y nada más (681).*

La llegada a "Palacios de Valduerno" y su valoración constituye un buen ejemplo de las características que definen a este autor, tanto ideológica como estéticamente. Al tono crítico subyace una ironía velada, con clara intencionalidad burlona hacia la superstición de los españoles, como conviene al espíritu laicista de los ilustrados. Una constante de la obra es el tono racionalista, anticatólico y crítico, que se acentúa cuando el autor se enfrenta a la Iglesia, bien sea para mofarse de las romerías—en su opinión meras supersticiones, como en el caso de la Virgen de Castro—o bien para cuestionar la propia legitimidad de la peregrinación a Santiago. No encuentra nada positivo en una institución como la Iglesia, dominada por la hipocresía, la avaricia y la ignorancia, hasta el extremo de considerarla—junto al despotismo del poder político—una de las causas del atraso de España.

Aunque es evidente su actitud crítica hacia estas formas de religiosidad popular, que se le revelan ancladas en la Edad Media e impropias de la época, es clara su fascinación romántica tanto por el paisaje cuanto por las formas del folklore tradicional, como se pone de manifiesto al llegar a Astorga, ciudad a la que define como en otro tiempo plaza fuerte y que ahora continúa "cercada por una vieja muralla, que en su extensión forma un cuadrado de una milla y media de largo" (681). Constata la existencia del viejo castillo en ruinas del Marqués de Astorga (681) y, al ofrecernos un magnífico documento costumbrista con motivo de una fiesta maragata, incide en un tema que le interesa especialmente: la religión en sus formas rituales. En la Catedral, asiste el día de la Asunción a una *función*, la cual describe con detalle:

> *La Iglesia estaba toda iluminada por dentro y por fuera como el panteón, con faroles de colores, lo que producía un bonito efecto. Había también fuegos artificiales delante del pórtico y una banda de músicos; pero cuya ejecución era mediocre. [...] Las mujeres llevaban castañuelas en sus manos: cada baile era dirigido por una vieja, que comenzaba a cantar llevando el compás con una mano sobre una especie de tamboril que llaman pandero. [...] La voz de la vieja, los pasos de las mujeres, el tamboril y las castañuelas, llevan un acorde perfecto. La figura consiste en hacer pasos la una alrededor de la otra, con unos movimientos muy voluptuosos; durante ese tiempo los mozos se mantienen detrás, haciendo el amor a las muchachas. Esa alegría se prolongó durante toda la noche (681).*

Una escena semejante, cargada de encanto, originalidad, sensualidad y tradición no podía dejar de interesar a un ilustrado curioso y culto, por lo que inmediatamente se deleita ofreciendo una minuciosa descripción de los atavíos y adornos de los participantes:

> *[…] las mujeres llevan muy grandes aros en las orejas, y sobre la cabeza una especie de sombrero blanco, que desde lejos se parece mucho por el color y por la forma al de las mujeres moras; sus cabellos están separados en dos sobre la frente y cuelgan por ambos lados del rostro; lucen una enorme cantidad de retratos de santos, sea en medallas de plata o en otras bagatelas, colgando de grandes rosarios*

de coral que forman un collar y se extienden después sobre todo el pecho, la camisa está cerrada bajo esos rosarios y cubierta por un corpiño abotonado [...]. Los hombres llevan grandes sombreros y anchos pantalones sujetos sobre la rodilla, pero que cuelgan por encima de esa liga hasta la media pierna; el resto de sus vestidos consiste en un pequeño jubón con un lazo encima (681-682).

El descubrimiento de este pueblo singular le lleva a querer indagar más sobre sus costumbres y origen. Se le hace saber que en torno a Astorga existe cierta confederación secular de pueblos, entre los cuales rige una endogamia que preserva el carácter étnico. Y más aún,

[…] si alguno se apartase de esos usos y de esas costumbres será echado de la sociedad; porque difieren, tanto por los trajes como por las maneras, de todos los habitantes del reino. Cuando una muchacha está ya comprometida no puede ya hablar con ningún otro mozo más que con su pretendiente, y eso bajo la pena de una multa que se paga en vino. [...] Después del matrimonio, las mujeres ya no peinan sus cabellos, lo que es una necia costumbre. Hacen los trabajos de la agricultura, mientras los hombres están ocupados en guiar los carros a través de las montañas de Galicia. Esto hace necesario mantener un número considerable de mulas, porque la carretera principal de Madrid acaba aquí (682).

La mitificación de la figura del arriero maragato y sus extrañas formas de conducta—que constituiría tema inagotable para los costumbristas y viajeros del siglo XIX—encuentra en un ilustrado como Dalrymple un sorprendente valedor, al incluir en su narración comentarios difícilmente justificables, como cuando afirma que "este pueblo podría estar en la abundancia: es activo e industrioso; pero piensa que es necesario vivir en la indigencia. Supongo que son los mozos de mulas, los yangüeses de que se hace mención en Don Quijote" (682). La referencia al Quijote no es única, pues lo utiliza como referente constante y eje conductor de su relato, intuyendo ya en el siglo XVIII que la novela cervantina constituye un reflejo del espíritu del pueblo español. Su erudición en cuanto a la realidad cultural de la España dieciochesca se muestra también al basarse en la información proporcionada por el agustino Enrique Flórez, una de las grandes figuras de la historiografía de este siglo, junto al jesuita Padre Masdeu. Dalrymple cita a Flórez, quien al referirse al territorio maragato en su célebre obra *España Sagrada,* afirma que es "pueblo dedicado al comercio y famoso por su exacta probidad [...] sería menester un volumen para describir el espíritu, las costumbres y los usos de esa pequeña nación" (682).

En busca de un origen racional, científico y plausible del pueblo *mauregato,* e incluso del término, Dalrymple halla en el Padre Mariana una información que considera clave, es decir, la insurrección del bastardo Mauregato y su pacto con Abderramán.[2] Llega entonces a una interpretación muy personal, afirmando:

No tomo sobre mí el afirmar que los habitantes actuales de este distrito sean realmente los descendientes de los que siguieron la suerte de Mauregato, y tal vez hayan recibido esos territorios en recompensa de sus servicios, conservando las costumbres de su nación, en medio de un pueblo extranjero. Pero seguramente no se puede negar que, sobre todo, entre las mujeres, el vestido, las maneras, y el genio no sean perfectamente la de los moros. No doy esto si no como una conjetura hasta que haya soluciones más satisfactorias: es una materia digna de investigaciones y de la curiosidad de los sabios. (682-683)

Al atractivo que para el Mayor supone el origen misterioso y las costumbres del pueblo maragato se le añade su singular y estratégica situación geográfica, zona cultural y lingüística periférica y fronteriza, con formas dialectales de gran riqueza al que se dedicarían con posterioridad profundos estudios, desde Dámaso Alonso a Rafael Lapesa, y que el Mayor percibe como una singularidad de la región, constatando: "He notado aquí una gran alteración en el lenguaje, apenas si podía comprender a las gentes del pueblo bajo, tan corrompido está su dialecto [...] No dudo que no leáis con gusto el detalle que os he dado de este pueblo tan singular" (683).

Aunque es indudable que al tratar el tema maragato quede perfectamente reflejado el espíritu racionalista del autor, al percibir este mundo más como medio de estudio e investigación que de recreación estética o poética, llama la atención el hecho de que, por primera vez, encontremos en su obra una cierta poetización de la realidad, una cierta atracción sentimental con lo narrado, apareciendo ciertos atisbos prerrománticos, que se ponen de manifiesto, sobre todo, en la forma de describir y enjuiciar al arriero con el que parte de Astorga en su camino hacia El Ferrol. De él nos va a proporcionar datos importantes sobre su carácter, costumbres y humanidad. En este viaje hacia Galicia, al atravesar la Maragatería, de nuevo se recrea en la descripción de las costumbres y los pueblos:

En uno de esos pueblos he hallado a algunas mujeres con todas sus galas sentadas al pie de un árbol, mientras los mozos bailaban ante ellas al son de una gaita, muy alegre y muy agradable; marcaban el compás con las castañuelas que llevaban en las manos y campanillas sujetas a sus piernas. Sus sombreros estaban cubiertos de una tela de seda adornada con raros colores, y sus capotes estaban también realzados con cintas de distintos colores. No había allí ni capa, ni sombrero, ni guitarra, ni seguidilla, nada que recordase las costumbres de Andalucía, de la Mancha y de Castilla; excepto la lengua, pero ésa también un dialecto muy malo. Sorprendido de esa diferencia me había detenido para contemplarlos, y ellos, por su parte, se congregaban a mi alrededor; pero mi caballo se asustó de aquellas sonajas, lo que me obligó a seguir adelante (683).

Este cuadro casi idílico no le impide mostrar las duras condiciones de vida y el atraso en que viven las gentes. Se ve obligado a transitar por un pésimo camino; contempla un país mal cultivado hasta llegar a los límites de la Maragatería, específicamente al pueblo de "Fuensevalón", donde se reencuentra con el arriero del que se había separado con anterioridad. El intenso frío le obligan a bajar del caballo y hacer el camino a pie hasta la cumbre:

> *Noté montones enormes de piedras con cruces de madera; mi compañero de viaje me dijo que cada gallego, a su regreso a su país, se creía obligado a echar una piedra sobre esos montones, lo que a la larga ha formado como montañas. Las rocas de cada lado son de una altura sorprendente; algunas están cargadas de nieve sobre su cima. (684).*

No se olvida el Mayor de dar el toque sentimental a la descripción de su viaje con un acto humanitario realizado por el arriero, lo que le sirve para definir las cualidades de este pueblo. Describe la escena con sobrio dramatismo:

> *Vimos, a la luz de la luna, a un pobre gallego dormido en el suelo en el borde del camino y ya rígido de frío; mi compañero con mucha humanidad,le obligó a levantarse, aunque a pesar suyo, y le puso sobre uno de las mulas; me dijo que todos los años esos desgraciados perecían de ese modo en esas montañas (684).*

Su estancia y salida de la Maragatería impregna la narración de un cierto sentimentalismo que no se aviene con su pretensión racionalista. El maragato y sus costumbres, con ese referente árabe no confirmado, le ponen en la frontera entre dos mundos, tanto étnicos como culturales. Lo "irracional," lo misterioso, lo exótico hacen que la narración se cargue de subjetividad y se altere el enfoque originalmente crítico con la realidad española, dando entonces paso a una nueva perspectiva dominada por la curiosidad y admiración. En suma, no puede impedir el sentirse fascinado por algo inefable que define a estas gentes, la singularidad y especificidad que, muchas décadas después, pondría bien de manifiesto Concha Espina en *La Esfinge Maragata*.

A pesar de estas percepciones favorables puntuales, la valoración que el Mayor Dalrymple hace del pueblo español es claramente negativa, reflejo de una perspectiva racionalista que contrastaba dos concepciones del mundo: la ibérica y la anglosajona, de forma superficial y sin evaluarse adecuadamente los componentes históricos y culturales que forjaron la nuestra. "Hubo un tiempo en que el fuego celestial de la libertad ardía en el corazón de los españoles; el soplo impuro del despotismo lo ha apagado; ya no le queda una chispa" (718). Éste y otros juicios de valor sobre el carácter español, injustificadamente peyorativos al final de la obra de Darlymple, tan comunes, por otra parte, a tantos otros viajeros extranjeros en el siglo XVIII, no hacen más que dar cuenta de la falta de comprensión y la parcialidad de Europa a la hora de juzgar a España y su historia.

** Roberto Fuertes-Manjón. Midwestern State University*

Bibliografía

GARCÍA MERCADAL, J. *Viajes de Extranjeros por España y Portugal.* (Tomo III: Siglo XVIII, "Viaje por España y Portugal," por Hew Dalrymple). Madrid: Editorial Aguilar, 1962.

---

[1] Dalrymple, años más tarde volvería a la península como comandante en jefe de las fuerzas británicas en la campaña ibérica contra Napoleón. De ello dejaría un acta titulada *The whole proceedings of the Court of Enquiry upon the conduct of Sir Hew Dalrymple, late commander-in-chief of His Majesty's forces in Portugal, relative to the Convention of Cintra: held in the Great Hall, Chelsea College, from Monday, Nov. 14, to Wednesday, Dec. 14, 1808. With an introductory account of the campaign, and the circumstances which led to that memorable convention; the state of the public mind; and a sketch of the life of Sir Hew Dalrymple, accompanied with a correct likeness*. Londres : Printed for Sherwood, Neely, and Jones, 1808 (Base de datos del *World Catalogue*).

[2] Según Mariana (citado por Darlymple), Mauregato, bastardo de Alfonso I de León, inicia una sedición para arrebatar el trono a su sobrino Alfonso II. Buscando espúrea alianza, el insurrecto promete a Abderramán un tributo anual de cincuenta doncellas nobles a cambio de ayuda militar. El rey Alfonso, incapaz de resistencia, se refugia en las montañas de Vizcaya; de ese modo Mauregato sube al trono de León, que ocupará durante cinco años y medio. Durante su reinado cede territorios a los árabes para que lo mantengan en su dominación.